

Esto no tiene nombre

Aleko Ruila

Pintor y escritor.

Los buenos propósitos no son suficientes; no importa que tú te lleves bien con tus dioses ni que cada noche le reces devotamente, pidiéndole perdón y amor hasta para tus peores enemigos; tampoco es suficiente que tú seas realmente bueno y no hagas daño a nadie, vaya, que tampoco es suficiente que seas vegetariano hasta la médula y no seas capas de comerte o matar un pobre mosquito o que seas tan disciplinado como para cumplir siempre, siempre, todas las tareas, nada de eso es importante, realmente importante, cuando el todo y la suma de sus partes anda mal. Por eso, si en medio de la noche, te despiertas sintiendo que el piso tiembla, rézale a tus santos porque están del carajo, están haciendo temblar la casa entera: las paredes de hormigón se doblan, retuercen, estiran, contraen; los arcos de las puertas dejan de ser rectángulos decentes, retorciéndose en ángulos obscenos; y los maderos golpean asustados en las mismas paredes huidizas, todo esto acompañado por una sinfonía infernal de ruidos, estremecimientos y quejidos.

Te tiras de la cama, te caes por el piso “bailotante”, te arrastras asustado a más no poder, recordando de golpe todo eso que has visto en las películas sobre los terremotos, todo lo que has leído, tratando en vano de protegerte en esos marcos y dinteles que se esfuerzan por dejar de serlo. Corres desesperado, agarrándote a cualquier cosa imaginable y logras salir con el resto de tu familia, gracias a Dios, a la noche fría, cayendo en medio del caos repetido, como una feroz burla de payaso. Tus vecinos medio en cueros, en un strip tease de pena corriendo como tú, tropezando unos con otros, con caras de miedo y pasmo a cuál más grande, las casas repitiendo el absurdo baile de San Vito de tu cuarto, inclinando los techos en saludos irónicos y grotescos como sombreros a punto de caerse, los gritos subiendo en una escala de locura, acentuando la música de ruidos infernales e impidiendo, de paso, que se entiendan las desesperadas y absurdas preguntas que te hacen, se hacen, haces, y de pronto y para colmo de males, el frío de la noche inhóspita te sube por los pies, porque un agua fangosa, inexpli-



cable, aparece como por ensalmo y sube hasta el nivel de las aceras, llegándote a los tobillos; sube hasta tapar las gomas de los coches y empieza a entrar en las casas abandonadas por las puertas abiertas, bostezantes, y te llega a las rodillas; sube por encima del capó de los mismos coches, entrando tumultuosa por las ventanillas abiertas, mojando los motores. “¡Ahora sí que no arrancan los cabrones carros esos!”; haciendo nadar a tus perros, pobres perros que recién ahora recuerdas y flotar tus muebles que empiezan a aparecer por esas mismas puertas de la huida del sueño, como naves de una flotilla de juguete; te llega a la cintura, enfriándote las nalgas y dándote unas ganas irrefrenables de mear, meándote con alivio, ¡total, debajo del agua y de noche, nadie lo va a notar!; esa agua sucia como chocolate claro y sin azúcar, entrando por las ventanas de tu casa, que baila sola, lejos de ti, tapando con un ¡glup! de despedida el resto de esos coches que no flotan; llevando una guirnalda de macetas, de flores, vasijas, búcaros escorantes a punto de zozobrar, platos, libros, tristes zapatos desaparejos. Sigue subiendo y te llega al pecho y el gato desagradable del vecino te araña la cabeza huyéndole al agua, como debe hacer cada gato respetable; y ves tu cama salir navegando con unas gallinas asustadas. “¿De quién serán esas gallinas?”, y al pasar a tu lado la agarras con tus manos, por si acaso, y sigue subiendo y no das pie, tú ni nadie, y todos nadan mal que bien, los niños agarrándose a los padres. Los techos de las casas ahora son todo lo visible, los árboles, entre las sombras de esa noche que no olvidarás hasta que mueras, son islas deformes adonde todos se dirigen, pero el subir de las aguas negras las va poniendo cada vez más chiquitas y desaparecen los techos que quedaban, se borran las últimas islas de hojas susurrantes y te subes en la cama que agarraste, tú, tu negra, tus hijos y tus perros, todos temblando, mojados y apestosos a vieja humedad y a miedo; algunos vecinos te traen a su abuela ¿o es su madre?, indefensa, viejísima, muerta de miedo, no importa, donde caben dos caben tres; se quedan agarrados de los bordes de este bote salvador, providencial; recuerdas que menos mal que le quitaste casi todo lo metálico y le pusiste tremenda tablazón a todo lo largo y lo ancho por los dolores de espalda; ya nada sólido se distingue, sólo el agua oscura y las raras embarcaciones que flotan llenas de gentes temblorosas de

todos los colores: el negro brillante de sudor con el terror en los dientes pelados y los ojos como los de las mariposas, los blancos sucios y desgredados como mierda pálida, los chinos más amarillos que las velas de cera virgen que se apagaron olvidadas en los altares de la prisa; todos mestizos de miedo puro, la democracia del terror los pone iguales, borrándole los privilegios al dirigente de tabacos olorosos y hermanándolo con el jabao barrendero de la esquina, como debe ser, como en los orígenes; cientos de miles de embarcaciones de miedo con miedo por miedo que se acercan a la tuya y se agrupan, buscando compañía confortante en ese silencio de la ausencia de estrépitos y lágrimas mordidas, cada vez son más, son muchísimos los navegantes de esta pesadilla nocturna; no estuviste soñando, no: en una de las balsas canta un gallo su canto inevitable al sol, que se anuncia entre jirones de luz y como siempre pasa en el trópico, amanece de pronto, como si encendieran un bombillo grandísimo y en toda la extensión del horizonte, mirando desde los ojos de uno de tus hijos, subido a tus espaldas temblorosas entre gritos de “¡Esta mierda se vira, esta mierda se hunde!”; en todas direcciones, la flota de rarísimas embarcaciones llenas de gente es lo único que se ve, gentes tristes en camas, sillas, mesas, carros al revés que por milagro flotan, absurda flota a la deriva de ninguna parte, las preguntas vuelan, se repiten, rebotan, regresan sin respuestas, nadie sabe lo que pasó, ni dónde están, ni adónde vamos.

“Olofi mío”, grita Francisca, “¿Qué será de nosotros?”

“¿Qué vamos a comer?”, pregunta un niño y estremece de angustia a los más guapos.

Una calma lenta, líquida y aplastante sube a las mentes con el calor del día, un sopor húmedo aturde a las gallinas y hace mal dormir a todos, cabeceando en silencio, soñolientos, hasta que uno estremece a todos con sus gritos. ¡“Aquí, aquí! ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Caballero, miren, miren! ¡Vienen una pila de helicópteros volando a lo lejos! ¡Viene ayuda!”; el sobresalto es general, la alegría es completa, la esperanza emerge en los corazones antes tan huérfanos de futuro; se alzan las risas y la vida recorre el mar de balsas como una marea; desde otra balsa, otros gritos. “¡Gente, miren pa’ allá, miren como vienen barcos, miren, miren!”. Muy pequeños, pero bien visibles en el horizonte, desde varias direcciones se acercan barcos, parecen mercantes,

vienen más despacio que los helicópteros, por supuesto, pero vienen también y la esperanza es mayor; en algún lugar empiezan las canciones, alguna rumba les responde y pronto estamos palmoteando en cuanto mierda es capaz de meter ruido, arrancándole un ritmo que ya quisieran Los Papines, haciendo música y jolgorio como siempre hacemos, somos famosos por eso de divertarnos hasta en los velorios o haciendo cola en la puerta del Infierno.

Tío Sapito, el vecino buena gente de al lado de mi casa, bueno, de lo que fue mi casa, je, je, je, su mamá está con nosotros, la pobre viejita Carmen Clavel; pues tío Sapito recuerda en ese momento que llevaba en una bañadera de niño algunas cosas útiles, siempre fue muy previsor, gracias a Dios y a todos los santos, ¡una bañadera mojada por fuera y seca por dentro, ja, ja, ja!, entre un revuelto de cosas como un salvavidas para las hemorroides, cien metros de sogas de nailon, unas botas de goma azul y apestosas, una bolsa plástica llena de pan mojado, un manual de la guerra de todo el pueblo, mojado también, un pequeño televisor portátil, de esos que funcionan con baterías, pudo meter también la batería del carro, “¡Lo vine a recordar ahora, Madre Santa!” dice, lo conecta y después de luchar con la estática y los ruidos parásitos, aparece una imagen intermitente, que desaparece cada tanto y reaparece entre la estática y la lluvia de rayitas, uno de nuestros conocidos comentaristas deportivos, en pijama, encaramado en lo que parece ser una taquilla de vestuario, con una cara muy cómica de miedo y de no saber qué carajos pasa, está dando unas noticias que a duras penas se entienden. :“(…)es en todo el territorio nacional, compañeros!;Ha desaparecido (...) tierra firme en todo el territorio nacional! ¡Los daños (...) teriales son incontables, pero hasta el mo (...) emos ningún reporte de pérdida de vidas humanas, solo (...) que pueden ser muchas, dada(...)fenómeno que nos azota! ¡Pedimos a todos los ciudadanos, a (...) pañeros, que mantengan la calma y la disciplina (...) caracteriza, nuestro gobierno está haciendo todo lo necesario, desde (...) en que nos encontramos, pa (...) soluciones ¡Tengan calma y no entren en pánico! ¡La ayuda (...)! ¡Todos los gobiernos han respondido a nuestra situación de emergencia! ¡Repito, la ayuda internacional(...) en camino! ¡Compañeros, dentro (...) ustedes con el próximo boletín de noticias!”; la

imagen desaparece y la lluvia de rayitas es lo único que queda, haciendo más sola la soledad de todos, el asombro, el espanto es absoluto, “¡Madre mía, todo el país está bajo el agua!”; “¡¿Qué habrá pasado?”; grita uno “¡El Armagedón!, eso es lo que está pasando, ya lo dice la Biblia, el fin del mundo!”; le grita una señora en bata de casa con rolos medio caídos en la cabeza “¡Qué fin del mundo ni un carajo!, ¿tú no oíste lo que dijeron?, ¡Ayuda internacional!;Esto que pasó, pasó aquí ná ma!”; responde otro, admonitorio; todos comentan por el estilo, se preguntan, gritan, discuten a punto de llegar a las manos, como en una buena discusión de pelota, como siempre nos pasa, cualquier tema es bueno, nosotros sabemos de todo y lo defendemos a gritos, aun en medio de esta nada mojada. Un ruido tremendo, como el de un ventilador gigante, se sobrepone a los demás, acompañado de un viento fuerte que levanta olas y mueve todo y a todos asusta, haciéndolos callarse; un gigantesco helicóptero, de esos que tienen dos hélices pintado de azul claro y con unas letras grandotas en blanco, se acerca; varias personas con cascos blancos se asoman por las puertas abiertas y una voz amplificadas en un español, de vaya usted a saber de dónde es grita muy alto: “¡Atención, atención!;Somos una brigada internacional de rescate de las Naciones Unidas!;Estamos aquí para ayudarlos! ¡Todos serán rescatados y llevados a los buques de salvamento que nos asisten! ¡Mantengan la calma! ¡Todos serán rescatados! ¡Les pedimos orden y paciencia, pues debemos rescatarlos a todos y son muchos! ¡Mantengan la calma!;¡Todos serán rescatados!”; el mensaje se repite todo el tiempo, insistente, por encima del tremolar de las aspas del aparato que suelta unas cuerdas gruesas y largas hasta el agua, y por ellas descenden unos hombres con monos verdes, salvavidas naranjas y cascos blancos, dicen que son rescatistas y médicos, preguntan si hay alguien herido, reparan tabletas de chocolate y agua en unas botellas, mientras desde los helicópteros caen sobre nosotros una lluvia blanda y muelle de esos mismos salvavidas naranjas; la operación de rescate empieza y la gente es subida por las cuerdas, los helicópteros están en todas partes y la imagen es impresionante; cientos de esos aparatos sobrevolando la flota de gentes y miles de personas colgando de cuerdas negras, ascendiendo, pareciera un rescate hacia el paraíso, hacia un paraíso tremolante y ruidoso, el

paraíso de los escarabajos; un rescatista de esos, un negro fuerte, gigantesco, con un overol azul oscuro por el agua y el casco blanco sucio de fango llega nadando a nuestra balsa-cama, y después de preguntar si no hay heridos y esas cosas, mientras prepara a la madre de tío Sapito para subirla, en lo que ella contentísima le prepara un café en un reverbero que es otro milagro de la balsita, esa donde estaba el televisor; “¡Café cubano, qué rico!, dice el de la ONU. “¡Tranquilo, mi’jo, que es de chicharos!” Sapi, ¿no trajiste Coffemate?”, le dice la vieja, y él, mientras saborea el aromático néctar, nos cuenta en un castellano como el de las comedias silentes de Armando Calderón: “¡Es tremendo! ¡Todos están flotando, así, agrupados y son muchos, muchísimos, toda la población, dicen! Mas de once millones de personas! Esto nos llevará semanas, meses, años!, pero no se preocupen, todos los países del mundo están ayudando, todos! Son miles los barcos y los helicópteros y los campamentos que los están recibiendo en todos los países de la Tierra, así que no se preocupen, todos serán rescatados, más temprano o más tarde!” Haciendo un aparte con él, le pregunto en voz baja, para no preocupar a los míos más de lo que están: “¿Ya se sabe qué fue lo que pasó?”; me mira sorprendido y me dice : “¿No lo saben? ¡Claro que no pueden saberlo! La Isla desapareció!. Lo miro como si estuviera loco y le digo, casi gritando: “¿Cómo que desapareció? ¿De qué tú estás hablando?”; me contesta contrito: “¡Se fue, señor mío, se fue! Los satélites detectaron desde ayer, al caer la noche, que la Isla de ustedes se estaba hundiendo lentamente, pero se estaba hundiendo en el mar; los radares dejaron de reconocer tierra hace horas y después las imágenes de satélites sólo veían esta flota inmensa de balsas y gentes, a todo lo largo y ancho de lo que fue la Isla, si es que desde el aire parece la Isla! Además, hace unas horas esos mismos satélites la fotografiaron en el Atlántico, entre América del sur y África, y parece que se está moviendo, lentamente, pero se está moviendo y ahora mismo hay una comisión internacional de gobiernos, científicos y cuanta cosa se le pueda ocurrir a alguien, que están siguiendo su movimiento, eso es algo que no se explican, es la mayor crisis de toda la historia!”; aquello me dejó absolutamente pasmado, sin habla, no podía ser cierto, pero parecía que lo era, al menos nuestro ¡¿naufragio?!, eso es lo que es, un naufragio, es muy cierto, ¿cómo podía

estar pasando algo así?; me imaginaba las caras y las elucubraciones de los sesudos de todo el mundo tratando de entender esa Isla emigrante, ¡¿EMI-GRANTE?!, la idea me entró como un cuchillo en el cerebro y empecé a reirme sin control, como un loco, a carcajadas cada vez más largas y altas, las lágrimas me salían de los ojos como ríos junto con la risa, llorando de risa; así me subieron al helicóptero, con las manos amarradas, por si acaso, como un loco, riéndome y llorando.

Una semana después, con el rescate concluido, los rescatados diseminados, repartidos, “vaporizados” en miles de miles de campamentos por todo el mundo y con los científicos a punto de volverse locos y los gobiernos gritándose improprios en medio de los medios, una declaración del gobierno norteamericano acabó de ponerle la tapa al pomo:

“¡LAS ÚLTIMAS FOTOS TOMADAS POR NUESTROS SATÉLITES GEOESTACIONARIOS QUE HAN ESTADO SIGUIENDO EL FENÓMENO INEXPLICABLE QUE ESTA ÚLTIMA SEMANA HA ESTREMECIDO AL MUNDO, POR LA MAGNITUD Y LO FANTÁSTICO DE LO SUCEDIDO, FOTOGRAFIARON LAS IMÁGENES QUE AQUÍ PROYECTAMOS, ESTREMECEDORAS DE POR SÍ, PERO MÁS AHORA, QUE UN GRUPO DE EXPERTOS DEL MÁS ALTO NIVEL ACABA DE ESTUDIAR Y NOS INFORMA ALGO SIN PRECEDENTES:

DONDE ANTES ESTABA LOCALIZADA LA ISLA ERRANTE, COMO HAN DADO EN LLAMARLA LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, HA APARECIDO UN TEXTO DE MIL DOSCIENTOS KILÓMETROS DE LARGO POR UNOS CIEN KILÓMETROS DE ANCHO, ESCRITO CON LOS RESTOS DE LOS MILLONES DE BALSAS QUE LOS DAMNIFICADOS TUVIERON QUE USAR PARA SALVARSE Y DICE ASÍ:

¡YO, LA ISLA, NO AGUANTO MÁS, ESTOY HARTA DE TODOS USTEDES; CIUDADANOS, AHORA, LA QUE SE VA, SOY YO!”.